

paciencia. Con esto quedó compungida, que nunca más se quejó, sino que tenía tan intenso dolor de sus pecados, que siempre eran sus ojos dos fuentes, y lloraba los pecados veniales como si fueran graues y mortales. Pedía a Sta. Catarina de Sena que en señal que se haúa de saluar la lleuase en su día. No fue el día, pero fue la octaua de la gloriosa Sta. Catarina, a nueue de Mayo del año de mill y seiscientos y treinta y seis.

CAPITULO QUINCE.

De la gran sierua de Dios Soror Ana de San Francisco.

LA gran virtud y conocida santidad que tuuo Soror Ana de San Francisco no permite se passe en silencio su memoria, antes obliga a que en particular capítulo y en lugar muy singular y honroso de esta historia se dé noticia de su vida santa y dichosa muerte. Fue esta sierua de Dios natural de los Reinos del Perú, y nacio en la ciudad de Quito. Sus padres fueron Pedro Arias y Doña Catarina de Rivera. De edad de tres años la preuino la Majestad Diuina con su bendicion, y en tan tiernos años la començo a regular y fauorecer. Tenian en su casa vna imagen de pincel, de la Charidad, y siendo niña de tres años, se entretenia todo el dia con esta imagen. Y notandolo sus padres, le preguntaron que qué hacia alli todos los dias. Y la niña respondió que aquellas niñas que estauan alli jugauan con ella. Y vna vez vio a la Virgen Santissima que la acarició y abraçó y puso sus virginales manos sobre su cabeça, y la mandó jugara con aquellas sus compañeras. Con la simplicidad de niña pensaua que a todos pasaua aquel exercicio, y assi lo contaua a todos, y los que la oian conocian que eran fauores que Ntro. Sr. hacia a esta niña. Siendo de edad de cinco años salio a la puerta de la calle, y estando alli sola, vino vn toro ferocissimo, y alborotandose toda la calle y voceando todos, la niña se estuuu queda sin huir ni menearse, y el toro llegó donde ella estaua, y arrodillando las dos rodillas estuuu assi vn rato y luego se leuantó y se fue. Que mucho es que la mayor inocencia tenga a sus pies postrada la ferocidad de los animales, pues ella tiene el dominio y mando sobre ellos. Nuestro primer padre en el estado de la inocencia no tuuo otros subditos; ellos le obedecian como a señor; la culpa lo perdio todo, y por ella se reuelaron y desobedecieron los animales al hombre. La inocencia y pureça de Daniel domesticó los leones feroces y hambrientos, y hiço que los que hauian de ser sepulchro de su cuerpo, fuessen corderillos con quien entretenerse. Esta niña Ana con su inocencia y pureça sugetó y postró con su mansedumbre la ferocidad de vn toro y él dobló las rodillas reconociendo la santidad y virtud en tan tiernos años: que los brutos animales veneran y estiman lo que muchos hombres que se precian de entendidos aborrecen y desestiman. Fue creciendo en la edad y aumentandosse mas en la uirtud, y assi fue muy querida de los suyos, y no se hallauan a estar sin ella vn breue rato. Siendo ya de mas edad, la persiguió el demonio con tentacion de comer tierra. Ella lo vencio y nunca la comio, y contentauase con barrer la basura que quedaua en el lugar donde echauan el carbon, y el poluo que

se levantaua de alli y entrauá por el olfato, con eso quedaua contenta. Fue sumamente modestissima, y siempre que salía de casa iua tan compuesto el rostro y tan bajos los ojos, que nunca los leuantó. Por cosas que se ofrecieron, de la ciudad de Quito vino a la ciudad de Mexico, y sería de quince años. Lleuada de aficion y deuocion de la Reina de cielos y tierra y de nuestro Padre Santo Domingo, entró en el monasterio de Santa Catarina de Señá, y desde que vistio el hauito de la Religion dio muestras de gran virtud; y le asentaron tan bien las Constituciones y modo de viuir de la Orden, y las abraçó con tanto amor, y puso tanto cuidado y vigilancia en la obseruancia, que nunca dio ocasion a la Maestra de nouicias para que la corrigiese, antes daua gracias a Dios Ntro. Sr. de ver tanta virtud. Aprendió luego todos instrumentos musicos para alauar a su celestial Esposo en el coro, y salio muy buena cantora, y exercitó este oficio muchos años, gobernando el coro con gran amor de Dios y mucha gracia. Si alguna hermana hacia algun defecto en el coro la daua la penitencia con tal modo y agrado, que se receuia de ella como si fuera vn regalo. Siendo cantora enseñó las niñas que podía, para cantar, y lo que es de mas importancia: las exortaua y enseñaua a seruir y amar a Ntro. Sr; y si via que vna era inclinada a la oracion o a otro exercicio santo, no la dejaua hasta verla muy perfecta. Entre las que enseñaua y tuuo a su cargo, vna vio, estando en el coro cantando esta sierua de Dios vn villansico al Niño Jesus, que llegaua vn niño de edad de diez a doce años y le alçaua la manga del hauito para que no le estoruase al instrumento que tocaba, y despues de hauer leuantado la vna leuantó la otra. Soror Ana no vio quién alçaua sus mangas, pensando que hacia este oficio alguna de las niñas que alli estauan, y sintiendo que la estiraúan voluio el rostro a mirar, y la niña dijo: «Oigan el niño que está alçando la manga a mi maestra, y ahora se ha puesto muy despacio a oirla.» ¡Infinita bondad de Dios, que assi muestra el agrado que tiene quando la musica que canta vna monja en el coro es por seruirle y agradarle, y mas si la voz suaue concierta con pureça de conciencia y intencion deuota! Que en hallandose estas dos cosas juntas y aunadas, es suaue y agradable musica para la Diuina Majestad. En Soror Ana de San Francisco se hallaua el bajo de la humildad, el alto de la oracion, el tiple de la contemplacion, el contralto de su pureça, y finalmente, todo el coro de las virtudes y el maestro de capilla que guia y gobierna todas las voces, que es el amor de Dios. Y assi la Majestad Diuina mostro en lo referido cuánto le agradaua esta su sierua, y el exercicio que para aluarle en el coro estaua haciendo. Florecia entonces el monasterio con mucha obseruancia por ser recien fundado quando entró en él Soror Ana, y fue su feruor tan grande, que no contenta queria mayores rigores y los exercitaua y ponía por obra consigo mesma, acompañada con otras de gran espíritu. Aferuoriçaua el suyo, y nunca faltó a todo aquello que en la vida de la Madre Maria de San Juan, de quien se dijo el año que murio, que fue el de 1629. Leuantauase a las quatro de la mañana a barrer la casa, visitar la cocina, fregar todo lo que en ella estaua. Las disciplinas durauan dos horas, ayunaua los siete messes de la Constitucion; tenia exercicios muy de ordinario, y confesaua generalmente y comulgaua para entrar en ellos, y desde este día hasta de alli a diez dias, no hablaua palabra. A sus penitencias ponía moderacion la Prelada. Duró todo esto por espacio de siete a ocho años, y de este modo de vida y de la continua oracion enfermó muchissimo, y de vn accidente que la afligió fue necesario labrarle el vientre; y assi como estaua era fuer-

ça llevarla al coro, por la falta que hacia. Era en extremo humilde y sincerísima de corazón; jamás tuvo malicia ni pensó que cosa que se hiciese fuese mala, y con esto era muy discreta; y si las Religiosas le iban con cuentos y trataban de cosas, decíalas: «¿Qué han sacado con eso? ¿Remediase algo? ¿No es mejor remitirlo a Dios que lo puede remediar?» Fue portera, y su modo y mortificación componía a los que allí llegaban, y no dejó por esto sus santos ejercicios: siempre ocupada en obras pías, consolando y animando a las que necesitaban de consuelo. Estando una monja en la portería, y por ocupación de las compañeras se había quedado sola con otra monja, llegó cierta persona del siglo, y hablando con ella, instigado del demonio habló a la monja con poca modestia, y pareciendo la ocasión a propósito la persuadía que estaban solos. La monja se afligió, y acordándose de la Madre Ana de San Francisco, en su interior la llamó y pidió la socorriese, y al punto la vio junto de sí patentemente; y con esto se apartó de aquel lugar y fue a averiguar si la Madre Ana había llegado y venido a donde ella la había visto, y hallándola en su oratorio y que actualmente la estaba encomendando a Dios, hizo diligencia preguntando si había salido de aquel lugar. La certificaron que no, cosa por cierto admirable y que pedía gran ponderación, si el intento de esta historia fuera predicar y alargar lo que se escribe. No es, sino con brevedad dar cuenta historialmente. El que leyere ponderará lo que le pareciere admirable, y calificará cada cosa por lo que es, que de todo hallará. Fue Sub-priora Soror Ana, y con ser mansísima y pacífica era tal su compostura y virtud, que las monjas la temían y respetaban, y antes de entrar en el coro se componían y miraban si llevaban alguna cosa que desdijese a los ojos de Soror Ana, y si la tenían, se la quitaban; y cuando a la sierva de Dios le parecía alguna cosa no tan decente al traje de las Religiosas, se allegaba y con unas tijeras lo cortaba, y hacia con tantas caricias y mansedumbre, que no causaba desabrimiento ni enojo a quien tocaba, antes muchas monjas, alegres agradecían su singular y buen modo. Siendo Sub-priora sucedió que una Religiosa de veinte años, gallarda y moza, que se preciaba de discreta y de hablar, todas las veces que encontraba a la sierva de Dios, la decía: «Madre, mi alma le encomiendo.» A esta tal le dio una enfermedad gravísima. Estando ya en lo último de esta vida y al parecer de todas estaba bien dispuesta en las cosas de la conciencia; y no era así, por tener arraigado un odio y mala voluntad a otra Religiosa. Llegó lo último de la vida, y dauante unos parasismos y voluía luego. Fue a ver la Madre Ana, y aunque se llegó a ella, la exortó y consoló, nunca la enferma declaró lo que allí en su corazón tenía oculto. La sierva de Dios Ana se fue de la presencia de la que estaba agonizando, y serían las diez de la noche, y puse ante la Divina Majestad en una ferviente oración pidiendo ayudase y favoreciese a aquella monja que tanto se le había encomendado, y declarase si le faltaba algo para salir de esta vida. A esta oración acompañó con una terrible disciplina. La infinita bondad de Dios, que quiere siempre nuestro bien y no gusta de la perdición del pecador, sino que se conuierta, dio a entender a esta su sierva que aunque al parecer exterior estaba bien dispuesta la enferma, no era así, porque no había perdonado de corazón a su hermana. Cuando acabó su oración Soror Ana serían las doce. La vinieron a decir que la enferma estaba muy congojada y que la pedía la encomendase a Ntro. Sr., porque la había dado una gran contrición, y que la deseaba ver. Luego otro día de mañana fue Soror Ana a visitar la enferma, y así que la

vido la dijo: «Madre mía, ha de saber que aunque parecía estaba bien preparada, no lo estaba, porque yo hablaba uno y sentía otro.» Y manifestole todo su corazón y conciencia. Llamaron a la monja, hablola y pidióle perdón, y voluiose a confesar de nuevo. A la una del día llegó la hora de su muerte, y estando allí todo el Convento y la Madre Ana teniéndole la vela, y un Religioso ayudándola, comenzó a agonizar; y al mismo tiempo la Madre Ana perdió el color, y poniéndose toda cárdena comenzó a dar gritos: «¡No Señor, nó!» Y muy asombrada vido la cuenta que la Divina Majestad tomaba a la pobre monja, por el descuido con que había vivido. La charitativa Soror Ana ofreció entonces todo quanto ella había hecho en toda su vida por aquella alma, y pidió al ángel de su guarda lo ofreciese por ella. Hicieron así, y viendo las monjas como difunta a Soror Ana, desampararon todas a la que estaba espirando por acudir a esta sierva de Dios. Después que murió la Religiosa voluio en sí la Madre Ana, diciendo: «¡Bendito seas Tú, Señor mío, que has usado de tus misericordias! Mil gracias te doy.» Desde que enterraron a la difunta no faltó a cosa de Comunidad Soror Ana, y al año, día de San Juan *ante portam latinam*, estando en su celda le dio cáncer en la lengua, que a toda prisa vinieron cirujanos que la sajaran y cortaran el cáncer. Acabado este martirio la envió a decir una monja de otro monasterio con el Padre Loza, persona muy conocida por su ejemplo y por la compañía que tuvo al santo Gregorio Lopez, cómo aquella Religiosa que había tomado a su cargo se había ido ya a gozar de Dios, y fue al mismo punto y hora que a Soror Ana le había dado el cáncer en la lengua. Aunque tuvo muchas y graves enfermedades Soror Ana, nunca dejó sus ejercicios ni alzó la mano de su mucha oración. Trataban las monjas de hacerla Priora, y ella lo entendió, y por huir de la prelación y para que las Religiosas desistiesen de su intento, usó mayor rigor poniendo muy en su punto todo aquello que es conforme a nuestras Constituciones, para ver si por este camino las podría desabrir. No le valió su diligencia, porque Ntro. Sr. la quería para Prelada; y cuando llegó el día de la elección (que algunas temieron mucho, pensando fuera muy rigurosa, el tiempo las desengañó porque procedió con mucha suavidad), todas las más Religiosas votaron por ella y el Prouincial confirmó la elección, y procedió con mucho amor con todas. Los Prelados la respetaban y tenían muy gran concepto de su virtud, y así la concedieron todo quanto pedía, no contradiciendo jamás cosa de las que Soror Ana ordenaba para el buen gobierno del monasterio. A un Religioso nuestro, siendo Prouincial, le dijo muchas veces: «Padre, tenga paciencia, que le han de venir muchos trabajos.» Y sucedió como ella lo dijo. Y después le decía el Religioso que pidiese a Ntro. Sr. que bastasen ya y se acabasen. Fue muy amiga de la paz, como cosa tan importante, y mas en las personas Religiosas que viven dentro de una clausura; y viendo un día que dos monjas no se llevaban bien y que la una dijo a la otra algunas palabras duras, afligida mucho se apartó de ellas y se fue a la tribuna del coro, donde estuvo como una hora en oración, con grandísimas lágrimas, y pidió a Ntro. Sr. cómo era posible estuvieran aquellas Religiosas de aquella manera, conociendo ella muy bien la intención de la una, que era buena. Fue cosa admirable: cuando salió de la oración Soror Ana, halló en su celda a las dos monjas que estaban en muy gran conformidad y se habían satisfecho de algunas cosas de importancia. Alegrose mucho Soror Ana de verlas amigas y tan en paz. A la una de ellas dio parte la sierva de Dios cómo Ntro. Sr. la había

oido su oracion y concedido este fauor y merced. Era Soror Ana tan amiga de todas y tan deseosa de que todas viuesen en paz y quietud y sin disgustos, que qualquiera que tuuiera queja, pena o sentimiento, iua a Soror Ana a comunicarselo; y si era algun auiso para la Prelada, a esta sierua de Dios la dauan quenta y pedian que ella lo dijese. Sucedió que siendo Priora cierta Religiossa deuotissima de la Virgen Santissima y de su Rosario, luego que fue electa en Prelada se fue en presencia de la Reina de los cielos y tierra y puso en sus purisimas manos el oficio y gouierno, suplicandole humildemente fuese la Priora, y que ella seria su despensera y mayordoma, para executar lo que le mandase y fuese su voluntad. De esta manera y con esta deuocion exerció el ser Prelada los dos años que gouernó, y nunca comunicó esto con persona alguna. Solo tenia por costumbre quando hauia alguna remision y descuido decir a las monjas que acudiesen y se enmendasen, porque la Virgen era la Priora. De esto se afligian las monjas, y decianle: «No nos diga eso, Madre.» Fueron con esta queja a la sierua de Dios y le rogaron que le pidiese a la Priora no les dijese aquellas palabras, porque se acobardauan, y temian de oirla decir que la Virgen Santissima era Priora. Fue Soror Ana a la Priora y le pidió que no dijese tal cosa, porque no solo daua pena a sus monjas, sino que ella tanuien la receuia. La Priora la dijo: «Madre, ¿Dios no es más y cada día le ofenden en su presencia?» Replicó Soror Ana: «Assi es, pero da pena oirlo a la Prelada.» Estando la dicha Priora despues de algunos meses afligida por vna deuda que el Conuento deuia y la parte apretaua que le pagassen, y al Conuento deuia otra persona cierta cantidad y no hauia esperança de poder cobrar de ella, que con esto pensauan pagar lo que con instancia les pedian, la Priora mandó por obediencia a Soror Ana pidiese a Ntro. Sr. diese buen suceso a aquel negocio. Quando la mandó hiciese esta diligencia, eran las nueue de la noche. Obedecio luego Soror Ana, y entrando en su oratorio se puso en oracion y pidió feruorosamente a la Diuina Majestad concediese lo que por obediencia le mandaua pedir su Prelada. Fue tan eficaz la oracion, que luego otro día con pocas diligencias trajeron el dinero a la Priora, con que remedió la vejacion que pasaua. Confesó Soror Ana que en aquella hora de oracion le comunicó Ntro. Sr. grandes regalos, y que la Virgen Santissima del Rosario le dijo: «¿Tú piensas que lo que tu Prelada me ofrecio no lo he tomado a mi cargo?» Dijole esto la Reina del cielo con alguna seueridad, y añadió la Virgen Purissima: «Es verdad que estoy en su lugar y la he de fauorecer, y a este Conuento, como lo verás.» Comunicó esto Soror Ana con su confesor, y la dijo que esto lo comunicase y dijese a la Priora, porque queria Ntro. Sr. con esto alentar a la Prelada. Assi lo hizo Soror Ana, y se experimentó el amparo de la Madre de Dios para aquel Conuento, porque gastando el monasterio en cada vn año doce mill pesos, se gastaron en los dos años solos once mill, y en este tiempo cierta persona, en nombre de la Virgen del Rosario, hizo vn quarto y claustro en el dicho monasterio sin gasto ni costa de la Comunidad de aquel Conuento: que es cosa cierta que los aumentos espirituales y temporales nos han de venir por manos de la que es Madre de Dios, pues la Diuina Majestad ha puesto todos los bienes en las de su Santissima Madre para que de ellas los reciuan los hombres y todos la reconozcan, aclamen y veneren por vnico y vniuersal amparo, protectora y biehechora, y assi acudan seguros y ciertos de alcançar lo que piden, principalmente obligandola con la deuocion y oracion del Santo Rosario.

CAPITULO DIEZ Y SEIS.

De otras cosas de Soror Ana de S. Francisco y de su felicissima muerte.

PUSSO Dios Ntro. Sr. planetas en el cielo, de cuyas influencias depende el ser y vida de los viuientes; pero entre éstos puso vno que es el sol, de cuya luz y claridad todos los demas la reciuen. Lo mismo sucede en este cielo de la Igleſsia Militante, donde puso siete planetas la Diuina Bondad, que son los siete Sacramentos, de cuya virtud, influxo y gracia pende la vida y ser espiritual; pero el sol, la fuente de la luz, es el inefable y Santissimo Sacramento del Altar, de cuya claridad, gracia y gloria la reciuen todos. De él tienen la uirtud prestada, y quanta hay en ellos, mira a este misterio como a su fin, de quien se deriua y emana su perfeccion; y como dijo el filosofo: que auia puesto Dios vna especie por cuya perfeccion se regulasen y midiesen las demas: entre los luminosos, al sol; entre los metales, al oro; entre los animales, al hombre. Assi en este orden sobrenatural de la gracia, es el Santissimo Sacramento del Altar el origen de donde todo emana; la perfeccion y cumplimiento de todos los demas. Dijo el gran Padre S. Agustin: «Señor, todos quantos Sacramentos hicisteis, son admirables: causan asombro y espanto a quien los considera; pero el Diuinissimo Sacramento de la Eucharistia, que con propiedad es Sacramento vuestro (los demas Sacramentos son nuestros porque son sólo instituidos para nuestro bien), éste es de Dios, porque en él muestra su amor y encierra su ser. Assi, no hay quien le llegue; sobre todos se leuanta con ser superior, porque encierra dentro de sí la vida, porque contiene la raiz y principio por donde la dan todos; con lo qual, el que se allega y come, reciue y tiene vida para siempre. Dijo el Angel Doctor deste Diuinissimo Sacramento entre innumerables grandeças suyas (que para tan superior Sacramento y Misterio y para exelencias de vn Dios Hombre Sacramentado, escogio la Suprema Sauiduria a Sto. Thomas de Aquino, dotandole de singular y celestial inteligencia: que quando no huuiera el angelico Maestro hecho otro seruicio a la Igleſia Catolica, ni huuiera trabajado tanto en vtilidad de los fieles, ni escrito tanto y tan cierto para vniversal provecho de todos, sólo el hauer compuesto y escrito tan admirablemente el Oficio que nuestra Madre la Igleſia canta el día y octauas del Santissimo Sacramento, bastaua a darle nombre y fama eterna), dijo este glorioso Santo en vna palabra lo que muchas no pueden explicar: *in suo fonte gustatur*. Todos los bienes, dones, gracias y dulçuras estan en el Santissimo Sacramento, como en su principio y origen; de Él emanan como de fuente y manantial; y assi los que se allegan y con continuacion lo reciuen, goçan de sus misericordias abundantissimamente, y como de fuente infinita goçan de plenitud de bienes. Si Soror Ana de S. Francisco tuuo tanta santidad y fue tan singular su virtud, fue por la continuacion de llegarse a esta diuina Fuente, y por goçar tan de cerca la luz deste celestial Sol; y si goçó de la riqueza de la gracia, fue por el oro rico del amor encendido y deuocion que tuuo al Santissimo Sacramento. Quisiera Soror Ana festejar mucho a este inefable Misterio.